



Francia Márquez

Entrevista realizada por: Carlos Mayorga Alejo

“Creo que el mayor temor para mí es que la gente siga eligiendo a los mismos perpetradores de la violencia”: *Francia Márquez Mina*

¿Cómo fue su niñez y su juventud?

Siempre he sido rebelde, inquieta, no hacía caso, me iba pa’ la calle, y cuando venía mi mamá me cogía y llenaba de látigo. Siempre vivía alegre. Ahora a veces expreso mi alegría, pero no tanto. Pero yo sí era muy alegre, como muy cansona también. Recochera, jodía a todo el mundo, a la comunidad. Me gustaba muchísimo la rumba, me gustaba mi baile. Cuando iba a bailar me sentía libre, feliz, realizada. Entonces con mis primas nos íbamos a bailar al pueblo, y cuando llegaba era regaño de mi mamá. Y a mis primas también, como nos criamos en la misma casa, entonces también las regañaban.

¿Cómo fue su formación?

Cuando yo voy a entrar al colegio mi mamá me dijo, cuando ya terminé mi primaria, que ya no me podía dar más estudios, porque no tenía cómo. Mi mamá trabajaba en las minas y apenas a veces le daba para darnos de comer y también a veces se iba a trabajar en casas de familia cuando el río se crecía o la mina no estaba dando. Se iba pa' Cali, a trabajar allá. Entonces no era tan fácil.

Pero en medio de todo eso nosotros éramos felices. Acá uno no se moría de hambre. Algo había para comer. Mi mamá, por ejemplo, cuando no tenía que comer, cogía su atarraya y se iba pa' río a pescar y con eso nos daba de comer, paraba la olla, o a veces había un pez que se llama roño que se hace como en las piedras y lo iban y lo cogía con las manos, las mujeres iban a 'roñar'

¿En qué momento se encontró con el conflicto armado por primera vez?

En el territorio donde he vivido históricamente, el Cauca, ha sido un territorio muy violentamente agredido por el conflicto armado. Sin embargo, nosotros, en la comunidad, no vivíamos las violencias así directamente. Digamos que la primera vez que yo vi una situación de expresión del conflicto fue en el año 2000, cuando las guerrillas se tomaron la cabecera municipal de Suárez, y ahí tiraron explosivos y murieron unas personas. Esa fue la primera experiencia que yo recuerdo. Eso no quiere decir que antes no hubiera habido hechos, pero la primera vez que yo recuerdo algo así que generó tanto temor y tanto terror de alguna manera fue esa.

¿Cómo empezó su ejercicio de liderazgo?

Yo creo que eso se fue dando poco a poco. No fue un día que dije: "bueno a partir de hoy soy lideresa", no, yo creo que eso no funciona así. Yo creo que las circunstancias lo van colocando a uno en ese camino, yo no lo escogí. Yo quería ser artista, yo quería ser actriz, bueno como los sueños que tienen las niñas. Yo creo que un liderazgo no nace, sino que uno todos los días va aprendiendo y desaprendiendo.

Yo creo que mi rebeldía, en mi caso que recibí tanto látigo, era parte de eso, de buscar ese camino, de que era muy inquieta, de que mi mamá no me entendía y entonces en vez de abrirme espacio me castigaba, y de alguna manera intentaba coartar mi forma expresar lo que quería hacer. Después, poco a poco fue entendiendo que esa rebeldía y esa forma de ser mía era porque yo iba a ser una persona activa en la vida cotidiana de la gente y de la comunidad.

Hay un punto de su vida en el que se opone fuertemente a los intereses de privados que terminaban afectando el río de Ovejas, en Cauca, ¿cómo fue ese momento?

Al principio, cuando recién llegaron hace varios años las máquinas, las retroexcavadoras, yo iba al río a 'minear' detrás de la máquina porque era lo que había. La gente decía: "ellos se están llevando todo, nosotros nos estamos quedando sin nada". Veíamos que en verdad los lugares en donde trabajamos artesanalmente llegaba una máquina, y lo que nosotros hacíamos en años, ese aparato lo destruía en un día. Entonces la gente decía "bueno, si se lo están llevando todo, por lo menos vamos a 'rebuscarnos' ahí".

Esa minería ilegal destruyó el sistema productivo natural de la comunidad. Por un lado, destruyó los lugares en donde se colocaban las barbacoas para pescar, destruyó los lugares donde las mujeres iban a hacer la minería con la comunidad; hizo que muchas de esas mujeres se fueran a trabajar a casas de familia, porque ya no encontraron un sustento en el río; y por otro lado afectó el ciclo de enseñanza de producción agrícola que se tenía.

Yo ahí no tenía una conciencia plena de las necesidades y del cuidado del territorio. Cuando se fueron las máquinas y empezamos a ver las consecuencias: que no había donde ir a 'minear', que ya no había finca, que ya no había que comer, las mujeres empezaron a irse a Cali masivamente a trabajar y los niños empezaron a quedarse solos al cuidado de otra gente. Entonces ahí empezamos a ver los impactos que había generado esa minería de máquinas, ahí un grupo de líderes, que ya estaban antes que yo, empezaron a alzar la voz.

Cuando volvieron otra vez, ya la gente se opuso a la minería por los efectos que ya había generado. Yo fui asumiendo la postura de los que decían que había que cuidar el territorio y que no se podía destruir el río. Pero mi postura más dura fue cuando iban a desalojar en 2009 a la comunidad acá en La Toma (corregimiento del municipio de Suárez). Ahí fue que yo asumí como una postura más fuerte, como que ya me enfrentaba a algunos del Gobierno, ya me enfrentaba a los mismos dueños de los títulos, para decir que con lo que había pasado con la minería ilegal, pues no podía permitir que vinieran esas multinacionales a apoderarse del territorio y acabar de destruir lo poco que nos había quedado.

¿En qué momento su liderazgo se empieza a ver afectado por el conflicto armado?

Fue en 2009. Yo me vi muy impactada cuando por primera vez le llegó una amenaza de muerte a mis compañeros y compañeras, y a mi tío. Entonces a varios de ellos les tocó irse del territorio. Ellos decían "es que nos han colocado en unas listas y nosotros no somos ni delincuentes ni nada, y pues nosotros no tenemos por qué estar con miedo escondiéndonos de qué nos van a matar si nosotros no estamos haciendo nada malo". Esa fue la primera vez que yo sentí un impacto muy fuerte.

A mí me impactó mucho la masacre del Naya (2001). Cuando pasó esa masacre todos estos territorios se volvieron como con mucho miedo, la gente ya no se quería reunir. Una reunión y la gente está como escondida o muy temprano buscando como irse para la casa. En términos del organizativo-comunitario también eso afectó. Y yo hasta escribí una canción, una letra de una canción, por eso del Naya que se llama Colombia hambrienta de paz.

En 2013, después de la sentencia de La Toma, mi liderazgo también se hizo más visible. De esa sentía que habíamos ganado (la sentencia T-1045A/10), entonces a mí me eligieron representante legal del consejo comunitario. Ya mi voz tenía, digamos, más validez, más reconocimiento, ya varias universidades estaban como interesadas en conocer esa sentencia que había salido, entonces yo empecé también a ir a universidades a hablar. Y ahí, como me hice más visible, empecé a recibir amenazas directas.

La primera amenaza que yo recibí fue a través de una llamada en la que me preguntaban dónde estaba, y yo pregunté: “aló, ¿con quién hablo?” Entonces empezaron a decir que “sí, que sos muy ‘machita”, que “vamos a ir por vos”, que “vamos a ir por tus hijos”. Fui a la Fiscalía y coloqué la denuncia. De todas maneras, me asusté mucho porque estaba comprometiendo la vida de mis hijos. Si algo me les pasaba yo qué iba a hacer, me empecé a sentir como responsable y culpable a la vez de ver esa situación.

Después en 2014 la situación se puso más compleja. Me tocó ya irme de acá porque vinieron fue a buscarme para matarme. Ese día nos tocó irnos a dormir a una casa ajena mientras amanecía, y cuando amaneció nos mandaron un transporte y nos fuimos con mis hijos. Para mí fue muy duro, porque yo salía apenas con un bolsito, cada uno con su ropita... irnos de acá, del territorio. Eso nos marcó la vida a todos: a mí, a mis hijos, a la comunidad también porque con las mujeres teníamos unas iniciativas productivas, teníamos unas parcelas que habíamos hecho, que habíamos sembrado, y todo se fue cayendo. Mi propia finca en donde tenía plátano, tenía hortalizas, tenía animales, todo eso se acabó.

Vivir con miedo es difícil, es muy triste. Todo el tiempo estoy con un esquema de protección encima, no me siento libre, no me siento tranquila.

¿Cómo es un día agitado como lideresa social en el Cauca y cómo es un día tranquilo?

Para mí todos los días son agitados. A veces estoy cansada, a veces simplemente quiero quedarme tres días en mi cama durmiendo sin pararme. Pero por las situaciones a veces toca pararse, seguir caminando y seguir haciendo cosas. Pero es complicado: uno carga el estrés del miedo, el estrés de la preocupación, de las angustias, de la impotencia de que el Estado no asuma su responsabilidad de parar la violencia; que el Gobierno, al contrario, promueve muchas veces la violencia en los territorios, todo eso genera incertidumbre.

¿Qué enemigos tiene?

Considero que no tengo enemigos, pero la realidad es que por lo que hago y por lo que hacemos siempre hay gente que nos mira como enemigos, sobre todo quienes tienen intereses económicos en nuestros territorios y quienes nos ven, en lo que hacemos y en lo que decimos, como una amenaza para sus propios intereses. Y pues ahí ha habido de todo: grupos armados que nos declaran objetivo militar, empresas que nos ven como una amenaza, intereses políticos de quienes ven que cuando le hablamos a la gente representamos una amenaza; y por supuesto el mismo Gobierno, que no garantiza nuestros derechos y nos ve como una amenaza cuando demandamos garantías.

¿Cómo ve la implementación del acuerdo de paz? ¿Qué piensa hoy del proceso del que usted hizo parte en la mesa de víctimas?

Esperaba que por lo menos pararan los fusiles. Esperaba que en muchos territorios la gente pudiera andar más tranquila por las calles, en el campo y también en las ciudades. Esperaba que contribuyera a lograr la paz porque lo que se firmó es un acuerdo para hacer el camino hacia la paz, pero pues no es la paz absoluta.

La paz implica transformaciones sociales; implica cerrar las brechas de inequidad y desigualdad; e implica erradicar el racismo estructural y el patriarcado, que es lo que generó el conflicto armado. La paz implica cerrar las raíces que generó el conflicto armado y de eso Colombia está muy lejos. Sobre todo porque hay una élite colombiana que sigue acaparando, que sigue violentando los derechos de la gente, que sigue con la codicia de la acumulación, que sigue pensando en seguir ´racializando´ los cuerpos, en seguir usando a las mujeres como objeto, en seguir violentando los derechos de los pueblos étnicos y de no respetar la humanidad de las personas que han sido violentadas.

Yo creo que es necesario silenciar los fusiles, es necesario parar las armas, pero tristemente esas posibilidades y esos sueños y esas esperanzas, de por lo menos estar tranquilos, las han ido volviendo trizas. Un gobierno que llegó y que prometió volver trizas esos acuerdos y que eso hoy se ha visto reflejado en el territorio: en el recrudecimiento de la violencia; en el desplazamiento forzado que nuevamente empiezan a sufrir las comunidades; en el confinamiento se ha visto reflejado el asesinato de líderes y lideresas, y también en el asesinato de exguerrilleros que decidieron dejar las armas y vincularse a la vida civil.

Entonces uno ve cómo la historia se repite, como el exterminio de esos que decidieron hacer la paz, sencillamente, se está produciendo en el país. Sin embargo, yo creo que es el único camino que tenemos (el acuerdo) y la única esperanza como sociedad civil... para que nuestros hijos y nuestros nietos no tengan que crecer en medio de tanta violencia ni de tantas injusticias.

¿Alguna vez ha dudado de su liderazgo o se ha planteado dejarlo por los riesgos que la labor trae?

Yo creo que sí. Yo creo que todos en algún momento de la vida pensamos mucho si vale la pena seguir o no. A mí algo que me afecta mucho es cuando tengo que discutir al interior con la misma comunidad. Mientras unos están diciendo: “hay que parar la minería”, otros están diciendo “no porque es el sustento”. Y aunque lo entiendo, también me frustra mucho.

Momentos cuando me veo en tantas situaciones de riesgo sobre todo para mi familia y mis hijos, la pienso mucho. Sé que eso es parte de la lógica de hacer que los líderes y las líderes se cansen: el asesinato sistemático, el exterminio que hay para generar terror y miedo y hacer que los líderes no sigan ejerciendo sus liderazgos en pro de defender los territorios.

Hablemos de la marcha de turbantes, en la que 70 mujeres salieron de La Toma hacia Bogotá, para exigir al gobierno la titulación colectiva de tierras. Fue un acto de resistencia poderoso.

Yo siempre pensé que íbamos a llegar (a Bogotá) como fuera. Y también siempre pensé que como mujeres negras íbamos a poder alzar la voz fuertemente. Todo eso surgió porque las mujeres acá se fueron al río a parar las ‘retros’ (retroexcavadoras de empresas mineras), ellas mismas, yo era la representante legal del consejo comunitario, pero yo estaba estudiando.

Entonces fui y las acompañé, y le dije a los señores que yo era la representante legal del consejo comunitario, y que ellos no podían estar ahí, que ellos no tenían permiso. En esa ocasión nos acompañó el secretario de Gobierno de la alcaldía, que también les dijo que no tenían permiso para estar ahí.

Ellos tenían que salir de allí. Allá ya había una sentencia que había prohibido que terceros estuvieran trabajando en este territorio, que los obligaba a consultar primero con la comunidad (la sentencia T-1045A/10), y que si no salían les íbamos echar a la Fuerza Pública para que los sacara con un operativo. Entonces uno de ellos nos respondió que ‘cuáles operativos’, que ellos ya sabían cómo funcionaba el operativo, que ellos no creían en eso.

Entonces nosotros decíamos es que hay corrupción institucional y hay corrupción en la Fuerza Pública. De allá se filtra la información que van a hacer los operativos y por eso ellos sacan las máquinas y las dejan quietas y entonces no pueden hacer nada.

Entonces las mujeres se cansaron...

Sí, fuimos a sacar eso y después amenazaron a varias mujeres acá. Les mandaron papeles por debajo de la puerta, que ya sabían dónde estudiaban sus hijas, y ya empezaron con mucho temor. Llamé a la Defensoría, llamé al Ministerio del Interior, bueno yo llamé a todo el

mundo y nadie sabía qué hacer. El defensor en ese momento de acá del Cauca me decía: “Francia yo he compulsado copia a la Fiscalía, hemos sacado alerta temprana, hemos sacado informe, pero nadie está haciendo nada y yo mismo ya no sé qué hacer”. Y yo decía “si esta gente me está diciendo que no saben qué hacer, ¿nosotros entonces qué?”.

Luego convoqué una reunión y le dije a la gente que por qué no hacíamos una movilización de mujeres. Ellas empezaron a decir que no, que nunca han salido de acá, que no se van a hacer golpear de la Policía, que no conocen Bogotá, que ellas no van a ir por allá. Les dije “el lunes me voy pase lo que pase. Ya no aguanto más porque yo ya no sé qué más hacer”. Y entonces cuando me vieron así de decidida ya varias dijeron “no, pues nosotras la acompañamos”. Los jóvenes también dijeron: “no, pues si ustedes se van, nosotros también vamos con ustedes”.

Salimos como 15 mujeres y unos jóvenes ahí que se terminaron convirtiendo en guardianes cimarrones de aquí de la comunidad. Entonces empezamos a hacer turbantes y dijimos nos vamos. Fuimos organizando los recorridos, empezamos a llamar gente por allá en esas comunidades para que nos apoyaran cuando fuéramos. Y así fuimos haciendo una ruta, organizando todo.

Fui a Cali y le dije a varias organizaciones de mujeres que iba a salir, que íbamos a salir a hacer una movilización, entonces ya varias me dijeron que yo era muy irresponsable, que esas movilizaciones no se hacían así, que eso había que organizarlo con tiempo.

Entonces cuando me vieron decidida, varias de ellas dijeron “no, venga. Vamos a organizar eso”. Nosotras nunca hemos tenido organizado nada, siempre a nosotros todo nos ha tocado pelearlo como gente negra. Me ayudaron a organizar todo y ya empezamos a hablar con otras mujeres de otros municipios del norte del Cauca. Entonces en el camino nos fueron llegando más y más y más hasta que llegamos a Bogotá como 80 mujeres y como 30 jóvenes, más o menos.

¿Cuál es el mayor temor de una lideresa social?

Creo que el mayor temor para mí es que la gente deje de luchar por sus derechos; que la gente no despierte en este país y no cambie la política; que la gente siga eligiendo a los mismos perpetradores de la violencia. Eso a mí me genera mucho temor y a veces hasta siento que la esperanza muere, pero siempre cuando veo jóvenes, veo comunidad, veo gente movilizada y organizándose, pues eso me llena de esperanza y me levanta y me llena de alegría también.

¿Qué fue lo primero que pensó cuando recibió la noticia del rearme de las Farc?

Yo pensé en el Cauca, en los territorios del Pacífico, en quienes van a sufrir las consecuencias de eso. Me dio tristeza porque era devolverse de una posibilidad de salir y me dio rabia también con la gente que en la ciudad que votó por el “No”, cerrando las posibilidades de un acuerdo para quien ha estado en regiones apartadas.

La gente en la ciudad, por egoísmo, a veces simplemente dicen no a la paz porque no han vivido en carne propia la violencia del conflicto armado y sus consecuencias. No les ha tocado estar en medio del fuego cruzado, en medio de los bombardeos. Han visto la guerra por la televisión, pero no la han vivido en carne propia. En la ciudad también hay violencia, pero la violencia en la ciudad se expresa mucho más en los barrios marginados donde está la gente que ha salido de este pueblo.

Tenía rabia con el Gobierno porque empeñó su palabra con las comunidades y con el pueblo colombiano, y por tantos engaños, mentiras y tanta politiquería que usan las élites que han manejado el país. Terminaron desbaratando eso, terminaron no cumpliendo y terminaron haciendo que esa gente se vaya al monte otra vez y que la violencia nuevamente se recrudezca en muchos territorios.

¿Quiénes ponen en peligro la vida de los líderes sociales después de la firma del Acuerdo?

En sí todos los actores armados de alguna manera ponen en riesgo la labor de los líderes sociales. El conflicto armado en sí pone en riesgo los liderazgos en los territorios, en las comunidades, a nivel nacional. Aquí hacer política y pensar una política distinta es una amenaza. Aquí en nuestro país pensar diferente es sinónimo de amenaza. Aquí no se llega a tener ni siquiera la posibilidad de discutir los pensamientos solamente, sino que “si usted no está de acuerdo conmigo hay que liquidarlo, hay que exterminarlo”, y eso es una visión muy equivocada de lo que deberíamos ser como sociedad.

Los asesinatos se convirtieron en una estadística. Parece que estamos haciendo el juego, el reality de la muerte, en el que todos jugamos y todos hemos contribuido a seguir sosteniendo ese juego que cobra la vida y que sigue profundizando las heridas.

¿Reconoce violencias específicas contra lideresas debido a su género?

Sí, yo creo que de alguna manera vivimos violencia. Como comunidad se vive violencia, pero como mujeres más, cuando se es lideresa mucho más; y cuando se es lideresa, mujer negra, pues mucho peor. No es lo mismo cuando lo amenazan a uno y uno está sólo, que cuando lo amenazan a uno con sus hijos. Ahí hay una doble violencia, pero además te intimidan, pero además el mismo Estado te niega también las posibilidades y no te reconoce.

Yo no recibí ninguna ayuda de ningún Estado. Lo único que me brindó el Estado fue un esquema de protección, pero en términos de atención como víctima, yo no recibí ningún

apoyo. El apoyo que yo recibí fue el de la familia, el de personas conocidas. Entonces yo vivía por un lado las presiones de la violencia física y psicológica que me ejercieron todas esas acciones, pero por otro lado era la violencia económica porque yo no podía resolver económicamente las situaciones para mis hijos.

¿Cuál es el papel de la mujer en la construcción de la paz?

Creo que como mujeres hemos contribuido a la paz, aunque ahora no por el hecho de ser mujeres se es antipatriarcal y anticapitalista y antirracista ¿no?, pero yo creo que aquí hay muchos movimientos de mujeres que han aportado a la construcción de este país, que han apostado a la paz y quizás no es la paz institucional, pero sí es la paz de la vida cotidiana. Mujeres que están resolviendo conflictos en los territorios, que han usado su amor maternal para cuidar la vida, para cuidar el territorio. Yo creo que desde ahí aportan.